

María Teresa, una niña que luchó por vivir y fue recibida con un amor infinito

Ana Cecilia Araújo Nunes, profesora del Colegio San Nicolás y miembro de la Comunidad Católica Shalom, cuenta la historia de su hija María Teresa que nació anencéfala y fue recibida en un hogar lleno de cariño y respeto.

[i]La vida es un misterio. Un misterio de amor. Usted que está leyendo este testimonio, es capaz de hacerlo solamente porque alguien lo acogió en su vientre, respetó su vida. Tal vez no sabían si usted era perfecto, sin embargo permitieron su existencia. Alguien existió (en latín “existere” – salir de sí), su madre, para que su vida existiera. En verdad, es la fuerza del amor que nos hace vivir.

La vida... La estudiamos para comprenderla mejor, trabajamos para vivirla con más tranquilidad, buscamos teorías, argumentaciones, filosofías, deseosos de encontrar la felicidad. Me pregunto a veces ¿sabe el hombre qué significa la felicidad, cuando niega la vida? El aborto es la negación de la vida. Digo NO al aborto en cualquier circunstancia con la propiedad de alguien que lo vivió en lo personal. Digo a todas las mujeres del mundo: ¡Somos generadoras de vida! Nuestro ser más profundo proclama ese grito: ¡Vida! Cuando una mujer la niega, se está negando a sí misma.

Me impresionan las voces femeninas que, infelizmente, son propagadoras de un falso bienestar, de la eliminación de un “problema”, de la interrupción del embarazo, o de, como suelen llamar en nuestros días, la “anticipación del parto” en los casos de los niños anencéfalos.

Viví esa realidad como madre de María Teresa, bebé anencéfalo, nacido el 17 de diciembre del año 2000. Hoy experimento una libertad interior sorprendente, conciencia limpia y tranquila ante mis hijos y ante todos. Con mucha libertad doy a conocer a la pequeña María Teresa, una señal de esperanza en la vida, aún en las condiciones más adversas.

Tengo otros cuatro hijos, Ana Karine (21 años), Felipe José (18 años), María Clara (15 años) y Juan Pablo (4 años, nacido después de María Teresa). Al inicio del tercer mes de embarazo, con doce semanas, me hice un examen denominado translucencia nucal, ecografía que revela si la guagua tiene algún síndrome. Fue detectada una malformación grave llamada anencefalia (ausencia de cerebro). Sólo cuando el feto está completamente formado es posible identificar el problema. Era una niña.

Pese al impacto de la noticia, por ningún momento siquiera pensé en la posibilidad de un aborto. Busqué tener el máximo de informaciones sobre esa malformación que, según la literatura médica, es una de las más comunes. El bebé vive apenas horas o, a lo máximo, uno o dos días. “Mi mamá me regaló el derecho de vivir, yo también regalaré a mi hija el mismo derecho”, pensé en aquel momento. No soy árbitro de la vida. Dios nos la dio, a Él le corresponde quitarla cuando sea el momento. A mí me toca acoger la vida, no importando las condiciones en que ella se presenta. ¿O será que puedo abandonar, acortar la vida de un hijo para el cual la medicina prevé sólo días u horas para vivir? Dicen algunos que el bebé anencefalo sufre cuando nace ¿será un sufrimiento más grande que del ser arrancado a pedazos en el aborto por succión, donde el feto es literalmente dilacerado?

Mi embarazo transcurrió normalmente. Hice pre-natal, tomé los medicamentos necesarios. Interiormente sufría mucho por saber que mi hija no iba a vivir; sin embargo, busqué vivir la sabiduría del día a día. Pensaba, “hoy la tengo conmigo, por eso la voy a amar con todas mis fuerzas. Mañana, bien... Dios cuidará”. María Teresa nació, lloró fuerte, los médicos se admiraron. Su caso fue considerado muy grave, no había ninguna protección de piel en su cabeza. Aguardábamos su fallecimiento en cualquier momento.

Pasaron minutos, horas, días... y la pequeña María Teresa seguía viviendo... fue contemplada por muchos, interpelaba las conciencias. ¿Cómo era posible? Con 19 días nos dieron el alta hospitalaria y Teresa fue recibida en su hogar. La alimentaron inicialmente por sonda, después tomaba la leche materna por una cucharita y mamaba por algunos minutos. Mis otros hijos la cuidaban, la tomaban en sus brazos, me ayudaban a ducharla, sabían que su vida sería corta, pero aprendieron a amarla y respetarla. Fueron preparados para pasar por el dolor de la pérdida, pero con la dignidad que ese misterio lleva.

El 29 de marzo de 2001 María Teresa tuvo su pascua, su paso. Fue una gran hija de Dios. En sus cortos, pero preciosos días, exhaló vida, sufrió, sin embargo salió vencedora. Eso me muestra, te muestra, nos muestra a todos

que el sombrío discurso del aborto es egoísta, significa encerrarse en sí mismo.

Usted, que es madre no se deje llevar por la ola deshumanizante, hedonista, que avasalla los corazones quitándoles la posibilidad de experimentar la alegría de dar la vida, de renunciar a sí mismo por el otro, de ver al amor vencer.

Hoy somos una familia mucho más feliz. Después de María Teresa tuvimos nuestro quinto hijo, Juan Pablo, que nació lleno de vida y salud. Hoy somos una familia misionera en Chile de la comunidad Shalom. Quisimos anunciar a todos las gracias y el amor de Dios que experimentamos en nuestra vida. Ruego al Señor que ilumine la conciencia de nuestras autoridades para que decidan a favor de la vida, sea como sea.

Fuente: DOP Santiago - www.iglesiadesantiago.cl

Santiago, 29/12/2010